

Discurso de Pablo Casado

Escuela de Verano del PP de Aragón

26 de septiembre de 2020



Hola, Manuel, me alegro mucho de que estés en esta Escuela del PP de Aragón, precisamente pocos meses antes de que se cumpla el 20º aniversario del asesinato de tu padre a manos de los asesinos de la banda terrorista ETA.

Y a todos los demás compañeros del PP de Aragón, gracias por invitarme a clausurar estas jornadas de formación en las que, una vez más, nos acordamos de nuestro añorado amigo Antonio Torres.

Y enhorabuena a nuestro presidente Luisma Beamonte por vuestro trabajo durante esta crisis tan terrible en las tres provincias aragonesas.

Aragón ha sido, una vez más, referente en estas semanas y lo ha sido, a además, de la mano de su alcalde de Zaragoza, Jorge Azcón, en esa rebelión cívica en la que se pedía que no se perpetrara el mayor ataque a la autonomía municipal por parte un Gobierno de la nación.

Estamos viviendo la mayor crisis sanitaria, económica y social de los últimos tiempos, con más de 50.000 fallecidos por la pandemia y 7 millones de desempleados.

Pero, además, asistimos a una terrible erosión de las instituciones democráticas por parte del Gobierno de Sánchez, que ha hecho que, por ejemplo, también desde Aragón, un presidente autonómico socialista como Javier Lambán haya tenido que alzar la voz contra los ataques a la Jefatura del Estado, como hizo en los últimos días también el ex presidente del Gobierno Felipe González.

Hace más de cuarenta años España supo hacer una Transición política ejemplar. Una Transición respaldada y querida masivamente por los españoles de todos los partidos y de todas las ideas que caben dentro de una democracia. Y una Transición que hizo posible que nuestro país recuperase la libertad, como base de una nueva etapa de progreso nacional que ha sido la mejor de toda nuestra historia. Objetivamente, la mejor, sin discusión posible, pese a la negra sombra del terrorismo. Hasta que nos han apartado de ese buen camino.

Entonces, los españoles supimos resolver muy bien los tres dilemas que se nos plantearon: entre la ruptura y la reforma elegimos la reforma; entre el privilegio y la igualdad, elegimos la igualdad; entre el enfrentamiento civil y el consenso, elegimos el consenso. Nos guio el espíritu de concordia, que es el compromiso de evitar poner sobre la mesa lo que se sabe que es inaceptable para los demás, pensando en hacer posible la convivencia de todos los que quieren convivir.

Queríamos reconciliación, progreso y futuro. Y lo logramos.

Pero hoy se fomentan intencionadamente las fracturas, las divisiones, los radicalismos y las discordias. Se desprecian los esfuerzos por integrar y unir alrededor de grandes proyectos nacionales en los que muchos puedan reconocerse y por los que quieran trabajar.

Y cuando eso se hace en mitad de la crisis sanitaria, económica y social que estamos sufriendo, más que una irresponsabilidad es una deserción. España necesita a sus instituciones y a sus políticos centrados y trabajando por el bien común, no entregados a agendas de desestabilización y enfrentamiento.

Necesita cooperación institucional, respeto y lealtad; especialmente por parte de un Gobierno de España que parece haber situado como la primera de sus tareas la de obstaculizar el trabajo de los ayuntamientos y atacar a las Comunidades Autónomas, a las que pretende responsabilizar de su negligencia y su incompetencia para cumplir con sus obligaciones legales.

Ni la Constitución, ni la Monarquía, ni Europa, ni las leyes, ni la oposición son el problema de España. El problema es un Gobierno apoyado en una alianza cuyo único vínculo reconocible es el deseo de obligarnos a desandar el camino que hemos recorrido juntos desde 1976, cuando aprobamos en referéndum la Ley para la Reforma Política.

Un Gobierno que nos conmina a guardar silencio bajo amenaza de retirarnos la credencial de demócratas mientras el egoísmo de los peores destruye ante nuestros ojos la obra inteligente, generosa y útil de los mejores, y nos impide abordar la agenda reformista que las Administraciones, las familias y las empresas necesitan con urgencia.

No vamos a asistir en silencio a esa involución. No nos vamos a sumar a esa deserción que abandona a los españoles a su suerte, a un sálvese quien pueda.

Y especialmente clara va a sonar nuestra voz en defensa de la Monarquía, de Su Majestad el Rey Felipe VI y de lo que representa para todos los españoles, que no es solo la continuidad histórica de la nación, sino la voluntad soberana de esa nación de seguir existiendo unida como democracia moderna y europea.

La neutralidad institucional no solo no desaconseja, sino que exige y presupone la defensa de las instituciones mismas. Entre el ataque a las instituciones y su defensa activa no cabe neutralidad alguna. Y que esos ataques provengan del

propio Gobierno añade especial valor a esta afirmación. Ser parte de un Gobierno no proporciona blindaje alguno para atentar contra las instituciones, especialmente contra aquellas ante las que se ha prometido el cargo “con lealtad al Rey”.

El Partido Popular exige, por tanto, el cese inmediato del ministro Alberto Garzón y llevaremos a las Cortes Generales la reprobación del vicepresidente Pablo Iglesias por sus ataques a la Jefatura del Estado. Y registraremos la comparecencia urgente de Pedro Sánchez como el único responsable de tener en el Gobierno a un partido imputado por financiación irregular, defensor de la tiranía venezolana, nostálgico de la barbarie comunista, y aliado de los albaceas del terrorismo etarra y de los independentistas catalanes. En efecto, como él mismo preveía, los españoles no podemos dormir bien con esta calamidad de Gobierno.

Ahora lo que pretenden es cambiar la verdadera historia de España como abrazo y reconciliación para convertirla en una rectificación fallida del desenlace de una guerra civil que todos merecieron perder y en la que, desde luego, España perdió. No hablamos de la memoria de un tiempo remoto, hablamos de nuestros derechos de hoy.

Esto no es un debate histórico, se apunta de lleno al modelo territorial, a la definición nacional de España, a las libertades y al civismo, a la sociedad de oportunidades, a la igualdad, al modelo educativo, al valor de la ley, al valor de la Justicia, a los pilares esenciales de la arquitectura constitucional. Se apunta, sobre todo, a los símbolos de España, a los lazos, a lo que nos une. Y se pretende convertir las diferencias, propias de una historia rica y diversa, en una inacabable sucesión de enfrentamientos.

No vamos a aceptarlo. Quiero garantizar que el Partido Popular asegurará que los españoles, todos los españoles, seguirán conservando intacto su derecho a decidir sobre cualquier cambio de su Constitución. Y asegurará también que quienes atentan contra ella reciban la pena que en justicia les corresponde.

La democracia española no tiene ninguna deuda pendiente, y nadie va a cambiarnos el país sin pedirnos opinión. Las decisiones de todos solo se cambian por el acuerdo de todos, y la Constitución es decisión soberana de todos.

No hay ninguna carencia en nuestra democracia que pueda proponerse como razón y atenuante de quienes la desafían. Algo funciona mal en un Gobierno cuando el diálogo y la generosidad son el premio que se reserva a los desleales.

No vamos a tolerar que Sánchez siga comprando más tiempo de su Presidencia al precio de la soberanía nacional y del derribo de las instituciones y la unidad de España.

Hay que preguntarse en qué se ha convertido un Gobierno que necesita indultar a quienes han sido condenados por hacernos extranjeros en nuestro propio país. En qué se ha convertido un Gobierno que necesita impedir que el peso de la ley caiga sobre quienes han querido y quieren privarnos de nuestros derechos para imponer su dictadura. Hay que preguntarse eso y hay que preguntarse a qué precipicio se quiere llevar a España y por qué.

Mentir sobre España es mentir sobre el esfuerzo generoso de varias generaciones de españoles, incluidos muchos españoles de izquierda a los que yo discuto sus ideas, pero nunca discutiré su patriotismo.

El objetivo de esta oscura ingeniería política es crear un proceso que, por un lado, convalide situaciones de hecho y, por otro, genere un movimiento de presión de opinión pública, apoyo mediático y ocupación desde el Gobierno de organismos clave del sistema, como la Fiscalía, la Abogacía General del Estado, el CNI, el CIS, la CNMC, TVE o el Consejo General del Poder Judicial.

Todo ello para sacar de las instituciones a los actores políticos, sociales y económicos contrarios a un proyecto de mutación de la Constitución, es decir, de alteración antidemocrática de sus contenidos esenciales. Esto está pasando ya. Este es el plan del que pretenden que nosotros formemos parte de él, o por acción o por silencio, con chantajes políticos y presiones de todo tipo. Pero no lo vamos a ser.

Servir a España hoy significa para el Partido Popular reafirmarse como alternativa democrática y moderada a un nuevo socialismo entregado ya al peor nacionalismo y al peor populismo de manera formal, y reafirmarse también en su compromiso de lealtad constitucional, de moderación y de integración transversal frente a todo radicalismo, a izquierda o a derecha.

España necesita un revulsivo que ponga en el centro del debate público la claridad moral que nos falta, y en cuya ausencia asistimos a una verdadera normalización de lo aberrante, de lo excéntrico y de lo autodestructivo.

No podemos dar poder político a quien amenaza con destruir la nación española, y mucho menos debemos dárselo porque nos amenace.

La Constitución es de todos, también de los que no la quieren, porque los protege, los ampara y les ofrece caminos para cambiarla. La defendemos porque es de todos y porque la hemos hecho nuestra, no porque nos beneficie ni porque diga todo lo que nos gustaría que dijera. Defendemos todo lo que se pactó porque creemos en el acto de pactar; defendemos lo que nos gusta más y defendemos lo que nos gusta menos porque ese es el acuerdo. En eso consiste la concordia y en eso consiste la convivencia, y nosotros queremos concordia y sabemos convivir.

Desandar el camino por el que hemos avanzado en estos más de cuarenta años, tendría consecuencias para todos, porque si se pone en cuestión todo, significa todo. Si se rompe el pacto, volvemos a la casilla de salida y el poder constituyente, es decir los españoles en uso de su soberanía, tomará sus decisiones, quizás no tan generosas esta vez con algunos que han dejado claro que de ellos solo cabe esperar deslealtad.

Hoy tenemos al secretario general del Partido Socialista Obrero Español negociando la soberanía y la hacienda con defensores del terrorismo, delincuentes y golpistas, mientras una crisis sanitaria sin precedente arrasa las vidas, las familias, los trabajos y el futuro de millones de españoles. Pero, al parecer, para algunos el problema de España es el Partido Popular, es decir, la única alternativa a este desastre institucional, la única oposición con experiencia y solvencia para evitar otra catástrofe económica y social.

Sinceramente, esto no es así. Ese trágico eclipse moral que ha puesto a nuestro país en la peor situación imaginable debe terminar. España debe despertar, entender lo que le ocurre y ponerle remedio uniéndose de nuevo alrededor de propuestas constructivas y solventes.

Pedro Sánchez pasará. No solo no es inevitable, sino que habría sido muy fácil evitarlo. En las urnas, uniendo el voto. No contra él sino a favor de todos, cediendo en lo secundario para lograr lo fundamental. Nosotros lo avisamos, honesta y generosamente. Y eso es lo que debemos volver a intentar hacer para derrotarle democráticamente. Y así podremos garantizar que cuando él ya no esté, las instituciones siguen estando.

España y sus instituciones nos trascenderán a todos. A unos antes y a otros después, los españoles lo dirán. Nuestra sociedad encontrará de nuevo el camino para sobreponerse a la división de la que Sánchez vive y en la que España sufre. Él ha elegido a sus socios, nadie más. Él es responsable de ello, nadie más. Él es el que manda sobre ellos, les consiente y les instiga, y nadie más.

Nos acercamos a un tiempo muy doloroso. La crisis económica, mucho peor en España que en los países que deben servirnos de referencia, va a impactar con dureza sobre nuestro país.

Necesitamos estar unidos y confiar los unos en los otros para poder hacerle frente. No debemos dejarnos arrastrar por quienes quieren enfrentarnos, por quienes quieren que olvidemos lo mucho y bueno que hemos logrado unidos alrededor de nuestras instituciones democráticas.

Quiero enviar un mensaje de esperanza. Quiero reafirmar mi absoluta confianza en las capacidades de nuestro país. Quiero expresar mi compromiso personal y el de todo mi partido con todo aquello que pueda ayudar a España a hacer frente a la crisis sanitaria, económica y social que estamos sufriendo ya.

Estamos en nuestro sitio y nadie logrará movernos de él, defendiendo las instituciones y proponiendo las mejores soluciones, porque es donde los españoles nos necesitan. Juntos vamos a recuperar nuestro buen camino y juntos lograremos convertir todo este sufrimiento en el inicio de un tiempo nuevo y mejor.

Se lo debemos especialmente a los más de 50.000 españoles fallecidos estos meses. Se lo debemos a nuestros padres y abuelos, que construyeron una democracia y un estado de derecho ejemplar. Se lo debemos a nuestros hijos y nietos que no pueden ser los paganos de esta crisis y deben recibir un país unido y próspero.

Una gran Nación que dice basta a los intentos de su Gobierno para socavarla. Un pueblo, los españoles, que queremos concordia y un futuro de paz y libertad. Y que hace 40 años votamos abrumadoramente que la Monarquía Parlamentaria fuera la forma política del Estado. Y que hace seis años decidieron a través de sus representantes de la soberanía nacional en las Cortes Españolas que Don Felipe VI fuera nuestro Rey.

Por eso quiero acabar diciendo, desde mi más profunda convicción democrática y lealtad patriótica, sin ira y sin miedo: Viva el Rey. Y Viva España.

Muchas gracias.